Al llegar á la casa del esposo, fué preguntada por este que le esperaba en la puerta.

—"¿Quién sois?"

La jóven respondió, como era costumbre que respondiese toda casada antes de penetrar en el edificio:

—"En cualquier parte donde vos seais Cayo, yo seré Caya."

Palabra con que daba á entender que contaba vivir con su marido bajo el pié de igualdad, y al mismo tiempo que llenaria con exactitud los deberes de señora de la casa, como la nuera de Tarquino, Caya Cecilia, cuyo nombre quedó como sinónimo de muger hacendosa.

Al recibir esta contestacion, el esposo le presentó una antorcha que la purificó con agua; símbolo de que gozaria en comunidad con su marido del agua y del fuego, esto es, de la vida.

Terminado esto, la hicieron pasar el umbral de la puerta, sin tocarla, pues hubiera sido una profanacion tocarla, como consagrada á Vesta, diosa de la virginidad.

Concluida así la ceremonia que he descrito con toda exactitud y minuciosidad, porque he creido que seria del agrado del lector, los esposos penétraron en el edificio, donde recibieron los plácemes y parabienes de la escojida concurrencia.

—Tened la bondad de pasar al *triclinium*—dijo Tácito á los convidados, pues era costumbre celebrar la ceremonia con un magnífico banquete y música.

El *triclinium* ó comedor estaba espléndidamente adornado. Su pavimento, compuesto de un dibujo á la griega, ejecutado en mosaico blanco y negro, como se conserva hasta el dia, exhalaba gratos perfumes de esencias con que habia sido rociado. Las paredes presentaban preciosas pinturas que, á excepcion de una sola, todas se encuentran en el Museo.

Las tres principales composiciones eran casi del tamaño natural, y de un mérito notable por su estilo. La que ocupaba el fondo representaba á *Hércules borracho, acompañado de Bacantes y de pié cerca de Onfale, armada de la clava y cubierta con la piel del leon de Nemea.* En la pared de la derecha lucia *Baco, niño aun, acompañado del viejo Sileno, montado sobre un carro, tirado por bueyes guiados por Faunos, y seguido de Bacantes y de otro Fauno tocando la doble flauta.* La otra composicion, colocada á la izquierda, cerca de una ventana que se abria sobre el *xystus* ó pórtico, y que se encuentra en el mismo sitio, representaba á *Baco vencedor de los indos, rodeado de Bacantes con tirsos, escudos y panderos.*

Las demas pinturas que adornaban las paredes, eran muy bonitas, y representaban *Amores bailando*, acostados en la mesa ó jugando con máscaras.

Un largo banco, adornado de planchas de plata, que aun se conserva, aunque en mal estado, y que pudiera llamarse *lectisternium*, porque era una especie de lugar para acostarse, ostentaba ricos almohadones.

—Elijamos antes de colocarnos en la mesa, el rey del convite—dijo Tácito.

—Nombradle vos—contestaron todos.

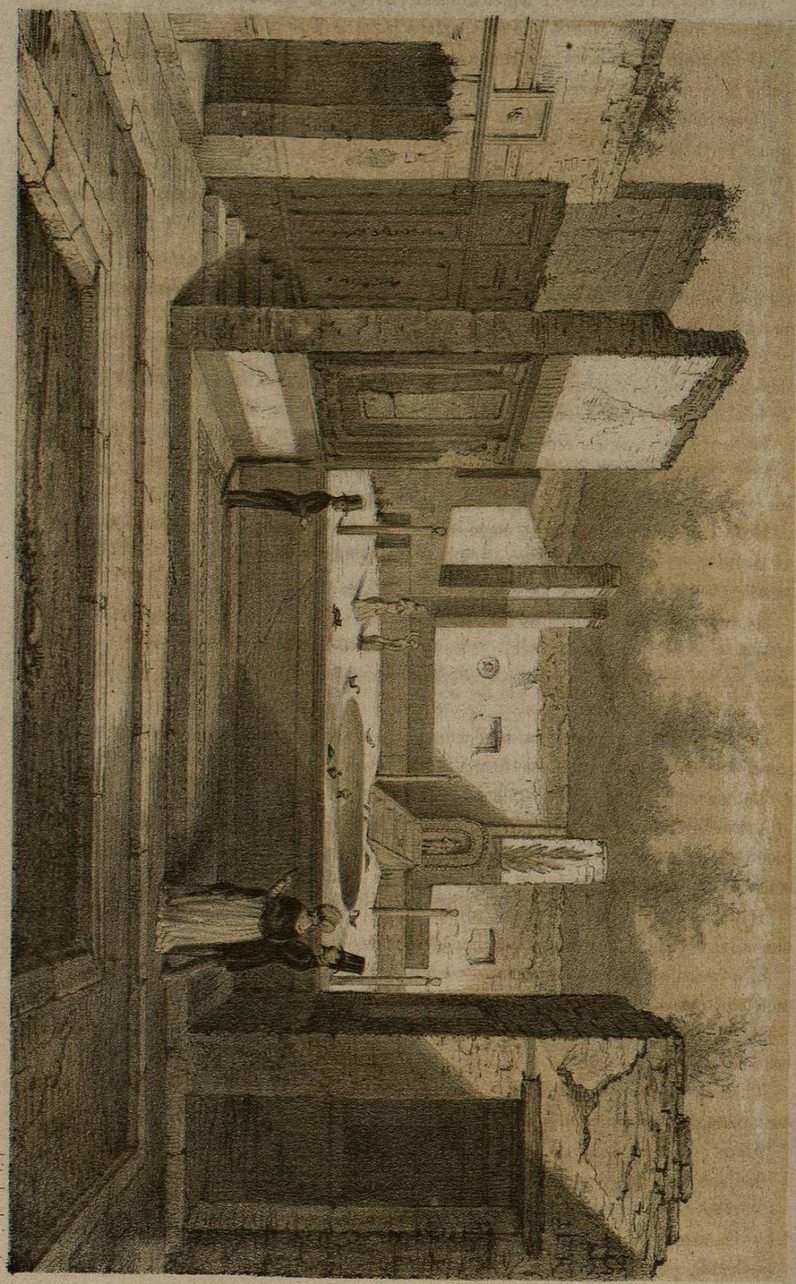
—Pues sea el *magister cœnæ* el decurion Lucrecio.

—Aceptado.

La comida dió principio con las mismas ceremonias que el lector vió en el convite dado por Diómedes, y el *triclinium* estaba adornado de igual manera.

Plinio se sentó al lado de Eutima.

Ambos jóvenes se amaban con profunda pasion, y miraban con placer la dicha de los nuevos desposados.



TEATRITO EN UNA DE LAS PIEZAS DE LA CASA DE LUCRECIO

(Despues de las esavaciones)

Lit. de Iriarte.

Todos estaban contentos en aquel momento, excepto un individuo.

Este individuo era Marcio que no apartaba la vista de su prima y de Plinio.

Al tormento de los celos que la conversacion de ambos despertaba en su corazon, se asociaba la memoria de Nicea que le traia preocupado.

Durante el banquete, se leyeron varias poesías en honor de los desposados, cantaron algunas personas que habian sido llevadas con ese objeto, y tuvieron lugar las danzas y los juegos que eran de costumbre en los convites.

Terminado el banquete, cuando ya la luz del dia habia desaparecido, y estaban encendidas las numerosas lámparas que adornaban todo el edificio, la concurrencia se dirijió al *xystum* ó pórtico que, en el fondo del *tablinum* formaba una suerte de teatrito de títeres, cuyos actores estaban figurados por una multitud de estatuas pequeñas de personajes y animales, sin proporcion entre ellas.

En este teatrito, que se elevaba á mas de un metro del suelo, y que era y es una verdadera curiosidad, se dispuso una representacion, cuyo género era inventado por los habitantes de la Campania, y que hacia las delicias de la antigüedad.

Estas representaciones eran una série de escenas cómicas que no se parecia ni al drama satírico de los griegos, con Pan, los Silenos y las ninfas (figuradas con mucha frecuencia en los jarrones griegos) ni á la comedia de Aristófanes ó de Menandro.

Estas eran escenas familiares, populares, de una realidad palpitante. Se presentaban en el tablado personajes verdaderos, copiados en las calles, en los campos, en las casas. Se les presentaban tal cual vivian, pero siempre tomándoles por el lado ridículo.

Estas piezas, llamadas *atellanæ fabulæ*, entremeses ó sainetes entre nosotros, y que tomaron su nombre de Atela, ciudad situada á igual distancia de la mar y de Capua, fueron acojidas con sumo aplauso, y se estendieron hasta Roma, donde se reservó á la juventud patricia la satisfaccion de representar las *atelanas* en lengua osca.

La pieza que se representaba en el teatrito á que nos referimos, tenia por objeto ridiculizar á un gastrónomo, á un cobarde y á un fanfarron.

La concurrencia se habia sentado cómodamente.

Los actores se habian vestido con propiedad, y llevaban la máscara que obligaba al espectador á que la atencion se concentrase sobre los labios, para no perder ni un pliegue, ni una contraccion, ni una palabra.

Eutima y Plinio, que se habian sentado juntos, mas que de la representacion, se ocuparon de su amor y de la triste suerte de Ione y Glauco.

El jóven abogado estaba preocupado con la causa de su amigo, cuya sentencia de muerte anhelaba el pueblo solo por el placer de verle luchar con el leon.

La funcion dramática terminó entre estrepitosos aplausos, y la concurrencia se retiró á sus casas.

Plinio se despidió de Tácito y Lucrecia, deseándoles toda clase de felicidades, y salió acompañando á Eutima, y en conversacion con Diómedes.

Marcio iba con ellos, pero despechado y sin hablar palabra.

La hermosa jóven y su padre subieron al carruaje que les esperaba en la puerta.

—¿No subís?—dijo Diómedes á Plinio viendo que se quedaba á pié.

—Gracias.

—Subid, que es ya tarde, y os dejaremos en vuestra casa.

Plinio no quiso desairar la sincera invitacion, y subió al carruaje.

Marcio sentia destrozado su corazon de ira con aquellas distinciones.

El coche se detuvo en la puerta de la casa de Plinio. Este se despidió de Diómedes, estrechó la mano de Eutima, hizo una inclinacion de cabeza á Marcio, y bajó del carruaje.

—Tengo que confiaros un negocio de gran importancia, y os agradeceria que os dignáseis ir á verme mañana—dijo Diómedes al jóven abogado.

—Estoy á vuestras órdenes, y tendré el gusto de pasar á recibirlas—contestó Plinio.

El coche se alejó llevando al amado objeto que hacia latir el corazon de Plinio, y el modesto abogado entró en su casa pensando en su futura felicidad.

Mientras duraron las ceremonias y los regocijos, el gladiador Lidon habia permanecido en la calle, enfrente de la puerta del edificio, esperando á que Salustio saliese.

—Ya no debe tardar—dijo al ver que la mayor parte de los concurrentes se habia marchado.

Casi al terminar estas palabras, vió salir á Salustio acompañado de Lisipo.

Lidon se propuso seguirle hasta que se separase de su amigo, resuelto á asaltarle.

La noche estaba oscura, y favorecia los intentos del generoso gladiador que marchaba detras de Salustio y de Lisipo, oyendo la conversacion que llevaban.

—Me has dado un verdadero pesar con la noticia que acabas de comunicarme con respecto á Glauco—dijo el cuestor.

—No fué menos el mio, cuando hace un instante me la dieron. Las pruebas del asesinato son casi patentes, y todos los esfuerzos de Plinio, para salvarle, serán inútiles.

—¡Pobre Glauco!..... ¡Pobre amigo nuestro!..... Si le condenan será un gran pesar para tí.

—Si le condenan, me he propuesto trastornar la razon desde el dia anterior al de su salida al anfiteatro, para no estar martirizado con la idea del horroroso espectáculo que presentarán sus miembros desgarrados por el leon.

—¿Y cómo?.....

—Dispondré la víspera en mi casa una orgía á la cual te convido, para que el vino ofusque nuestro entendimiento.

—Admito el convite, y los dioses quieran que no tengamos que recurrir á ese medio, salvando á Glauco.

En esta conversacion llegaron á la casa de Salustio, y este llamó á la puerta que se abrió inmediatamente, despues de ver quién era el que llamaba.

Lidon vió frustrado otra vez su deseo de encontrarse á solas con el jóven libertino.

Lisipo se despidió de su amigo, y este entró en casa.

El jóven gladiador se quedó enfrente de la puerta, con los brazos cruzados, en actitud meditabunda, mirando con tristeza aquellos muros que encerraban á la desventurada Nicea.

El generoso hijo del esclavo Medon se estremeció de repente con una idea. El dia del espectáculo en el anfiteatro, estaba próximo; él era uno de los gladiadores, y se habia comprometido á ello con el noble fin de comprar la libertad de su anciano padre con el premio destinado al vencedor. Pero si sucumbia; si en aquella lucha perdia la vida, ¿qué seria de Nicea?.....

Lidon palideció con este pensamiento. Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se alejó diciendo:

—¡Oh!..... Es preciso salvarla antes de que me presente en el anfiteatro, y juro que la salvaré.

CAPITULO XL.

UN DIVORCIO.—ORÍGEN DE UN REFRAN.—EL AMANTE UNIVERSAL.

Cuando Lucrecia y Tácito se creian los mas felices de la tierra; cuando la union que acababan de celebrar les hacia ver el mundo como un paraiso de interminable ventura, otros dos seres que habian soñado con igual tesoro de bienandanza, se disponian á romper el lazo en que creyeron encontrar los goces que constituyen el bien supremo sobre la tierra.

Estos dos seres eran Lucila y su esposo.

Lucila estaba triste, abatida: amaba á su esposo que la creia culpable, y procuraba contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Era virtuosa, y la idea de que iba á comparecer ante el pretor como culpable, pues su marido pedia el divorcio, hacia asomar con frecuencia el carmin á sus mejillas.

Su consorte, por el contrario, dominado por los celos, que era su pasion dominante, se manifestaba contento y satisfecho.

—Marchemos ya, Lucila, y no hagamos esperar por mas tiempo á los testigos—dijo el director de la Academia de Música á su esposa.

—¿Insistes aun en llevar adelante el divorcio?—contestó Lucila llena de afliccion y llorosa.

—Ahora mas que nunca. Esas lágrimas te hubieras ahorrado de verterlas con solo haber tenido mas presente tus deberes.

—Te juro por la última vez, que nunca he faltado á ellos: creeme, y ahórrame la vergüenza de aparecer ante el pretor como criminal, á la vez que el dolor de verme separada de tí.